

NOE CASADO

NI TÚ  
NI NADIE



# *Ni tú ni nadie*

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Aanbetta / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2021  
ISBN: 978-84-08-24694-7  
Depósito legal: B. 12.539-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Capítulo 1



### *Gaudi*

—Sinceramente, no te reconozco, Sun —comento, esbozando una sonrisa de medio lado.

—Yo tampoco —murmura como respuesta, con una mueca un tanto infantil, y se inclina para mirar a su hija en el carrito y comprobar que todo está correcto y que la niña está bien.

Es algo que hace cada cinco minutos. No sé por qué tanta atención, si la cría ni se ha movido.

Por increíble que parezca, ahora somos buenos amigos. Mejor dicho, es mi mejor amiga, y mira que, según todas las estadísticas, es casi imposible que un hombre y una mujer sean amigos.

Hoy me estaba agobiando en la oficina, por lo que he decidido llamarla y, como está de baja por maternidad, me ha parecido una idea estupenda acompañarla a dar un paseo por el parque. Empujar un carrito de bebé tiene efectos relajantes. A ver si de ese modo me distraigo lo suficiente como para volver al despacho y no sentirme enjaulado.

Os seré sincero, el agobio no es solo por motivos de trabajo, es mi vida personal la que me tiene intranquilo.

En otro momento os daré más detalles de por qué me siento así.

Nos detenemos junto a un banco y Sun se inclina para sacar a su hija del carrito, nos sentamos y observo maravillado todo el proceso. Debo admitir que cuando me enteré de su embarazo, pensé que, siendo ella tan pija, esto de la maternidad se le resistiría,

o, peor aún, que se convertiría en una histérica de esas que buscan terapias alternativas para parir en una piscina. O, ya puestos a exagerar, que buscaría una niñera, al estilo de la realeza, tras una exigente selección entre las candidatas más cualificadas.

Pero no ocurrió nada de eso. Llevó su embarazo con normalidad y ahora que compruebo cómo se defiende, además de sentirme orgulloso de ella, disfruto contemplándola. Ejerce de madre y si bien se nota que es primeriza, al menos no se pone histérica.

—Mira hacia otro lado. —Me pide un tanto gruñona cuando comienza a desabrocharse los botones de la camisa.

—Sun, te he visto desnuda —murmuro medio en broma, y ella me mira de reojo.

—Algo que no volverá a ocurrir —replica riéndose.

—Eso ya se verá, en el fondo no has podido olvidarme —añado sin perder el buen humor, porque mi historia con Sun es digna de un libro.

—Oh, sí, sueño contigo todas las noches —se burla y hasta suspira cual dama enamorada—. He dicho que no mires, Gaudi.

—Si te preocupa que me vaya a excitar, tranquila, sé contenerme. —Me carcajeo, porque no tengo que esforzarme demasiado. Nunca la he visto como una mujer a la que llevarme a la cama.

—No es por eso, tonto.

—¿Y cuál es el motivo por el que no puedo recrearme la vista?

—Es por el sujetador de lactancia. Es lo más horrible que he llevado en mi vida —me aclara, y sé que, para ella, la moda es un aspecto muy a tener en cuenta, nada de hacer bromas con ese asunto, por eso sonrío ante su tono pijo, pese a saber que ya no es como antes, o al menos no tan pija como antes.

Hay confianza.

—Quién te ha visto y quién te ve —me guaseo—. Con la lencería que siempre has usado... Y eso que al final, por miélica, no te pusiste los implantes.

Sun gruñe o algo parecido.

—No te burles.

—Te has pasado años persiguiéndome, acosándome más bien, y para ello no dudabas en mostrarme todos tus encantos en cuanto

me veías aparecer. No niego que me alegrabas la vista, aunque también me ponías en un aprieto, porque no soy de piedra.

—Pues lo disimulabas divinamente.

—Bueno, no siempre.

—Eso, encima echa sal a la herida —se queja, aunque sonrío, porque nuestro «no idilio» siempre estará ahí.

—Y ese sujetador que llevas... ¿no será uno de los que te compra Daniel en los bazares chinos? —añado solo para pincharla un poco, porque sé que su marido, para que se aleje de pijolandia, la devuelve a la realidad regalándole lencería barata y bastante hortera, algo que Sun detesta.

No sé si por el precio o por el diseño, creo que por lo primero, ya que si un diseñador famoso presentara la colección más hortera de la historia (y no sería la primera vez), Sun se compraría esas prendas sin dudarlo.

Tarda en responder, pues está más concentrada en darle el pecho a su hija.

—Pues no, querido Gaudi. Este es un modelo anatómico exclusivo —replica exagerando ese tono repelente, uno que conozco muy bien y que ya no me sorprende.

—A veces echo de menos tenerte a mi alrededor revoloteando —comento, y la miro de reajo, sonriendo, porque ahora ya no me da apuro.

En su momento fue difícil, porque Sun es la hermana pequeña de mi mejor amigo y que me intentara seducir con tanto descaro me resultaba complicado de manejar.

No os hacéis una idea de cómo se las ingeniaba para estar a solas conmigo o cómo se vestía, o, mejor dicho, no se vestía. Algunas veces yo volvía a casa sudando en pleno invierno, porque ella lucía escotes o prendas ajustadas de infarto. Y si bien recalco que nunca me interesó, hay estímulos que no pasan desapercibidos.

Cuando iba a casa de sus padres, con ellos delante sí era una verdadera tortura mirar a otro lado y fingir que ella no se contoneaba delante de mis narices, y es que tiene un cuerpo de escándalo.

A veces pienso que hubiera sido más sencillo dejarme llevar,

caerme con todo el equipo. Pero aguanté como un campeón y ahora tengo una amiga, y eso vale mucho más que unos cuantos revolcones.

Llegado el caso, hasta su hermano hubiera aceptado una relación entre nosotros, o eso me gusta pensar. Pero existía un poderoso motivo para que yo no cediera a la tentación y es que Sun no me excitaba. Bueno, sí lo hacía, aunque no del mismo modo que otras. Y eso que es una mujer impresionante. La conozco desde que cumplió los dieciocho y ha ido evolucionando a mejor. Se cuida, yo sé muy bien lo tiquismiquis que es; sin embargo, nunca me he sentido atraído por ella.

—No seas bobo, ya se me ha pasado el cuelgue por ti —refunfuña mientras da de mamar a Ayla.

Sí, ese es el nombre que le ha puesto a su hija. Raro de cojones, ¿a que sí? Pero de Sun no podía esperarse otra cosa. El padre ha transigido, pues, por mucho que proteste, Daniel pasa por el aro, porque sé lo poco que le gusta discutir por asuntos banales y, como se le cae la baba con su hija, lo del nombre ha sido lo de menos.

Creo que también hubo un pique entre cuñadas para ver cuál elegía el nombre más extraño.

Sun se lleva a matar con Nora. Sus enfrentamientos son legendarios. Yo he presenciado más de uno y todos preferimos mirar hacia otro lado. No se insultan directamente ni se tiran de los pelos; no obstante, se lanzan dardos envenenados. Y, por supuesto, compiten entre ellas.

Las más de las veces gana Sun, porque tiene aliados muy poderosos en su familia, empezando por su tía Avelina. Yo procuro mantenerme al margen, aunque ambas intentan ganarme para su causa y es difícil ser neutral.

—Ahora te pones pudorosa por un sujetador de lactancia —me guaseo mirándola bien, a pesar de sus protestas, pues me parece increíble verla así, con la niña en brazos.

Sun ha madurado en estos tres últimos años de una forma increíble. Nos tiene a todos los que la conocemos desde hace tiempo, en mi caso desde que empecé mi segundo año en la universidad, sorprendidos con su actitud. Ha dejado atrás la estupidez y la alta-

nería propias de una niña rica y consentida. Ojo, hay hábitos que no desaparecen, aunque sí los ha suavizado.

Pensaréis que se debe al hecho de haber sido madre, bueno, sí, todo influye. Pero también es una ejecutiva brillante, que ha dejado pasmado a más de uno, por ejemplo, a su padre, que no apostaba por ella. Yo tampoco, lo admito, pues Sun era, junto con sus amigas, la reina de la frivolidad y el postureo. Aunque yo creo que el gran artífice de su cambio es el tipo con el que está medio casada, uno que no aguanta tonterías y que le baja los humos, o al menos lo intenta, pues sé que ella le hace alguna que otra jugarreta cuando no se sale con la suya. Eso sí, se puede afirmar que en el fondo son tal para cual y que les va genial.

De lo que me alegro una barbaridad.

—No sé quién es el amargado que diseña estas cosas —sigue quejándose.

—Supongo que prima la parte funcional —comento, porque no tengo ni puta idea de sujetadores de lactancia.

—Si lo diseñara una mujer, seguro que tendrían un poquito más de estilo. Por favor, qué falta de gusto.

—¿No acabas de decir que es anatómico y exclusivo?

—Ya, pero feo como el demonio. Supongo que cumple una doble función —reflexiona—. Para empezar, sujeta las tetas...

Se las miro de reojo, repito, sin connotación sexual, y digo:

—Siempre te quejabas de que las tenías pequeñas, ahora las tienes impresionantes.

—Y mucho más sensibles —puntualiza.

—¿Hablar de anatomía femenina, en concreto de la sensibilidad de tus tetas, es lo mejor en estos momentos?

—No seas tan mojigato.

—¿Y cuál es la otra función de los sujetadores de lactancia?

—Ayudar a sobrellevar la cuarentena —afirma, y arqueo una ceja, así que ella añade—: Son antieróticos, diseñados para que ningún hombre quiera acercarse.

—Vamos, eso no te lo crees ni tú —le rebato—. Dudo que Daniel te evite por ese motivo. Eso sí te evita, algo que también pongo en duda.



—Pues lo hace —confiesa—. Y me tiene bastante mosca.

—No empieces a montarte una película, que nos conocemos —le recomiendo.

—Ya sé que no se ha ido con otra, Daniel es demasiado inteligente como para ponerme los cuernos.

«Hombre, torres más altas han caído», pienso, pero no, este pensamiento no lo compartiré con ella.

—¿Entonces?

—Me da la sensación de que ahora todavía es más asquerosamente responsable que antes —afirma y frunce el cejo, lo cual también me sorprende, pues, según ella, hay que evitar esos gestos para retardar lo máximo posible la aparición de arrugas.

—¿Y eso qué quiere decir? Y, ya puestos, ¿qué tiene que ver con tu sujetador?

—El padre del año quiere hacerlo todo tan bien, tan perfecto, que a veces resulta insufrible —se queja, y sí, justo se le ha escapado el ramalazo pijo.

—Eso no es malo.

—Ya, pero sí aburrido. No sé, como si se perdiera un poco la chispa de antes. A ver, al principio todas sabemos que es un no parar...

—No me cuentes vuestras intimidades, por favor, Sun —le pido.

—¿Somos o no amigos? —pregunta—. Pues te toca escuchar...

Me cuenta cómo le va en su vida de pareja e intento ser inmune o mirar hacia otro lado cuando menciona alguna escena subida de tono.

Sonrí y me pongo cómodo en el banco. He accedido a acompañarla al parque para dar un paseo aprovechando el buen tiempo, porque no podía más de estar en la oficina.

Ojo, los negocios me van a las mil maravillas. La empresa que fundé con Juanjo, el hermano de Sun, *mimaskotadeluxe.com*, aumenta sus beneficios cada año. Ahora tenemos dos empleados fijos, Josefina e Ismael, que manejan el almacén de puta madre, y eso que al principio tanto Juanjo como yo éramos reticentes a que ambos, con síndrome de Down, pudieran encargarse de los pedidos.

Si accedimos a contratarlos fue por las ventajas fiscales. Sí, lo

admito, esa fue la razón, pero después nos han dado un zas en todos los dientes, porque Josefina e Ismael son dos chavales trabajadores, eficientes y sobre todo encantadores. Forman pareja y creo que se van a ir a vivir juntos dentro de poco.

Así que en teoría todo va sobre ruedas. Mi socio, Juanjo, no da mucho por el culo, porque divide su tiempo entre *mimaskotadeluxe.com* y la empresa familiar, así que nos vemos lo justo para revisar datos, comentar las ventas, proponer alguna que otra estrategia de mercado y poco más.

Porque él es uno de los herederos de Dulces y Confituras Faustino Peralta e Hijos S. A. Podía haberse conformado con vivir de las rentas, ser un niño rico sin más, sus apellidos lo respaldan; sin embargo, es como yo, bastante inquieto y no se contenta con lo fácil. La otra heredera está sentada a mi lado. De haber querido dar el braguetazo, desde luego con Sun habría sido sencillísimo; en cambio elegí un camino menos cuestionable desde el punto de vista ético.

En mi caso fue algo necesario: yo no nací en una familia con muchos recursos y fui a la universidad con una beca y privaciones en casa, de ahí que en cuanto me fue posible montase un negocio. Para Juanjo fue una especie de diversión y porque su padre se oponía, pero al final funcionó y hasta aquí hemos llegado.

—Sujeta a Ayla un instante, mientras recojo esto —me pide Sun, y cojo a la niña para que expulse los gases.

Pensaréis que soy un inútil en estos menesteres porque no tengo hijos, pero no, se me da de vicio, pues he practicado con Cédric. Y os preguntaréis, ¿quién es Cédric?

Este asunto tiene miga. Os diré, a modo de adelanto, que es el hijo de mi socio, Juanjo. Hasta aquí todo normal, sin embargo, más de uno y de una intuirán por dónde van los tiros. La madre de Cédric es Nora, sí, la misma mujer de la que llevo enamorado tantos años como para desesperarme u olvidarla.

Y mira que de vez en cuando lo intento con todas mis fuerzas follándome a otras, a las que ni pregunto el nombre, confiando en que en algún momento encontraré a una mujer con el suficiente

atractivo (no solo físico) para centrarme y dejar atrás mi relación con Nora.

No ha habido suerte.

Porque el problema de toda esta situación no es que esté enamorado de una mujer casada con otro, sino estarlo de una mujer que te corresponde aun estando casada con otro: encima, mi mejor amigo.

¿Y él lo sabe?

Sí, desde el principio, pues no solo hemos compartido universidad, buenos ratos y negocios. ¿Os sorprende? ¿Os escandaliza?

Me da igual, es mi vida, no la vuestra, y si bien admito que cometo errores, como seguir colgado de una mujer que solo piensa en sí misma, no me critiquéis hasta conocer todos los detalles.

Ayla eructa con la gracia propia de un bebé y la acomodo en mi regazo. Sin embargo, la estampa no es todo lo idílica que pueda parecer, pues empieza a oler raro.

—Pásame la bolsa, Sun, que tu hija ha hecho la digestión.

La madre saca todo lo necesario y tumbamos a Ayla en el banco del parque.

—Estás hecho un padrazo, Gaudi —dice ella, y por su tono sé que me agradece la colaboración.

—Y tú, ¿cómo llevas esto de la maternidad?

—De pena... —responde suspirando, mientras yo me ocupo de limpiar bien el culete de Ayla y de cambiarle el pañal—. Es durísimo, ¡mira qué ojeras tengo!

—De vez en cuando te sale el ramalazo pijo, querida —le recuerdo con cariño, y recojo el pañal sucio para que no se escape nada.

Termino de ponerle la ropa a Ayla y después la cojo en brazos. La niña cierra los ojos y se chupa el dedo. Eso quiere decir que se va a dormir.

—Ya me lo contarás cuando seas padre. Llevo sin dormir ocho horas seguidas... ya ni me acuerdo. Y eso que Daniel me echa una mano y en cuanto acabe mi permiso de maternidad va a pedir una excedencia de un año en la universidad para cuidar a Ayla, porque no quiere llevarla a la guardería —me explica y frunce el cejo.

—¿No estás de acuerdo con su decisión?

—A ver... es que..., ¿y si le llaman calzonazos? Mi madre, por ejemplo, cuando se lo hemos dicho ha flipado. Y no lo entiende.

—Es su decisión. Y dudo mucho que el adjetivo «calzonazos» se le pueda aplicar a Daniel.

—Ya lo sé, pero la gente es tan cabrona... Me preocupa que luego, en su trabajo, lo critiquen. Los hombres no hacen esas cosas.

—Sun, relájate. Si el padre de la criatura decide quedarse en casa para cuidar de su hija, a la mierda lo que piense la gente, incluida doña Mercedes Luengo-Medina —digo, y ella se ríe.

—Bueno, vale. A mi madre que le den morcilla. Venga, ahora cuéntame tus penas, porque si has venido conmigo al parque no es para cambiar pañales. Somos amigos, así que desembucha —me pide, y sonrío de medio lado.

—No sé por dónde empezar —murmuro, y con cuidado me levanto con Ayla en brazos para dejarla en su cochecito.

—Te lo pongo fácil. Dejemos el temita de mi cuñada para el final —me dice con retintín—. Soy consciente de lo mucho que te escuece.

Sun es de las pocas personas que está al tanto de la extraña relación que existe entre Juanjo, Nora y yo. No se lo conté, lo averiguó de una forma peculiar: se coló en mi casa con la idea de seducirme; sí, Sun a la hora de llevar a cabo sus planes no tiene rival, y nos pilló a los tres en la cama y no jugando al parchís. Y ahora que se le ha pasado el cuelgue, como dice ella, no se cansa de repetirme que hago el gilipollas.

—En teoría todo marcha de puta madre. Las ventas han aumentado, los clientes nos dejan reseñas positivas. Hemos hecho fijos a dos trabajadores...

—¿Entonces?

—Menchu quiere jubilarse —le respondo.

—Jopeta, vaya faena —murmura, y no le falta razón.

Nuestra secretaria es mamá gallina. Ojo, no estoy diciendo que sea obligatorio que lleve a cabo ciertas funciones más propias de una madre; ahora bien, le agradezco con toda mi alma cómo nos cuida.

—La mujer tiene derecho, lo sé. Pero ¿dónde vamos a encontrar una como ella?

—Os toca hacer selección de personal.

—Joder, algo que odio. Y tu hermano más aún. No quedan secretarias como Menchu. Ahora todas tienen estudios, títulos y gilipollices, pero se hacen la picha un lío cuando se les cuelga un ordenador.

—Sin olvidar que Menchu os cuida como si fuerais sus hijos y que os habéis acostumbrado a ello —me recuerda, y asiento.

—Pues sí, no te lo voy a negar. Nos tiene muy mal acostumbrados.

—¿Y qué vais a hacer?

—De momento organizarle una fiesta de despedida, porque en un mes nos deja —le explico y suspiro.

—Vale. Primer asunto del día tratado. Vamos a por el siguiente.

—No me apetece hablar de ya sabes quién.

—¿De la pavisosa de mi cuñada?

—Exacto.

—No, ese tema lo reservo para el final. Hay otro que me preocupa más.

—Joder, Sun, ya te he dicho mil veces que no voy a hacerlo... —protesto, porque desde hace tiempo me viene dando la tabarra con el mismo tema y yo me niego una y otra vez.

—Vas a hacerlo, Gaudi. Por favor, no puedes seguir con esa pelambarrera en el pecho. Te vas a depilar sí o sí. Y como tengo tiempo libre, yo misma te acompañaré.

—Sun..., maldita sea.

—Ni Sun ni leches. No duele tanto y merece la pena. Ya verás qué bien —dice, y me da unos golpecitos en el pecho—. Se acabó eso de ir por ahí como un oso. No sé cómo las chicas de ahora no se asustan al verte sin camisa y echan a correr despavoridas.

—Pues a ti bien que te gustaba...

—Querido Gaudi, yo era una niña rica, frívola e insustancial. Sin criterio alguno. He cambiado, tienes ante ti a una mujer hecha y derecha. Te vas a hacer la depilación láser. Punto.

—Sigues siendo una manipuladora de cuidado.

Ella sonrío ante mis palabras.

—Pienso modernizarte.

—Oye, ¿por qué no te limitas a comprarle calzoncillos de marca a tu marido y me dejas a mí en paz? —replico, porque sé que a Daniel se lo llevan los demonios con lo que Sun se gasta en ropa para él.

—Porque ya le he renovado el cajón de la ropa interior para esta temporada. Y me aburro, así que, para no discutir con él, me entretengo contigo. ¿Podemos hablar ya de la pavisosa de mi cuñadita?

—No.

—Necesito algo con que pincharla en la próxima comida familiar.

—Un día se os va a escapar algo, y tu madre, que no es tonta, va a descubrir el pastel.

—Mmm... Puede; sin embargo, es ¡taaaaaan diver jorobarla!

Sun no traga a Nora y el sentimiento es recíproco. Se toleran en público, porque a ambas las han educado muy bien para guardar las formas; ahora bien, en privado, vuelan los puñales y disimulan cada vez menos la antipatía que se tienen.

Nora siempre ha desconfiado de Sun por celos, ya que esta me perseguía. Que conste, yo la evitaba porque, además de no despertar un deseo sexual en mí aceptable, dudaba de que fuera ético enrollarme con la hermana de mi mejor amigo.

—Otro día. Te acompaño a casa —propongo para evitar hablar de Nora.

—No vas a escaquearte, Gaudioso. Venga, ¿qué os ha pasado? En la comida del domingo tenía una cara de amargada más evidente de lo normal.

Sun saca de la bandeja inferior del ultramoderno carrito de bebé un café de esos para llevar y, para que pueda tomárselo, yo me encargo de empujar el carrito. Caminamos sin prisa por el parque, con la idea de llegar hasta el apartamento que comparte con Daniel.

—Llevo tres meses sin verla —confieso al cabo de un rato.

Ella se detiene de golpe y me mira.

—¿Qué significa sin verla?

Tuerzo el gesto.

—Digamos que la estoy evitando.

—Estoy dudando si debo aplaudirte o empezar a preocuparme de verdad —comenta, y se inclina sobre el carrito para comprobar cómo duerme Ayla—. Aunque sin duda eso explica la cara de perro de mi cuñada doña virtudes.

—No te metas con ella. No es tan mala.

—Es que por más que lo intento, sigo sin entender cómo os tiene a mi hermano y a ti tan abducidos.

Me echo a reír ante su tono tan dramático.

—Es una larga historia, Sun —digo, con la idea de no entrar en detalles.

—Pues tú verás lo que haces con la pedorra de Nora. Yo cortarías por lo sano y que se joda, por jugar con dos barajas. Anda que no tiene morro ni nada. Hay un montón de chicas por ahí increíbles, que no te amargarían la vida, porque mi querida cuñada solo busca una cosa, bueno, dos.

—A saber...

—La primera ya la ha conseguido, casarse con un Peralta de la Merced. Y la segunda..., tener un repuesto que le baile el agua, o sea, tú. Y me jode mucho que te trate así —afirma, y si bien tiene parte de razón, hay muchas cosas que desconoce.

—Hablas sin saber, Sun —murmuro, aunque no va descaminada.

—Me da igual. Yo solo digo lo que veo. Juanjo cada vez la soporta menos, que esas cosas se notan, y, por si fuera poco, mi hermano también está agobiado.

—Algo he oído...

Yo sé que Juanjo se desquita por ahí durante sus frecuentes viajes, algo que de momento no comentaré con Sun.

—Así que los dos deberíais plantearos mandarla a la mierda, porque os está jorobando con sus tonterías —sentencia.

Me despido de ella y de Ayla y regreso caminando hasta la oficina. Sé que mi socio tampoco está pasando un buen momento. Su matrimonio hace agua y, en contra de lo que pueda parecer, no me alegro.

Creo que ha llegado el momento de contaros cómo empezó todo este barullo...

Fue en mi segundo año de universidad. Me dejaba los cuernos estudiando, no solo para aprobar, sino también para obtener las mejores notas, pues de ellas dependía la cuantía de mi beca. Y además estaba hasta los cojones de servirles hamburguesas a los estudiantes pijos en un bar cercano al campus, pero no me quedaba más remedio, si quería tener algo de dinero en el bolsillo.

En el campus coincidíamos estudiantes de todas las clases, aunque por norma general no nos mezclábamos. Había algunos que destacaban lo quisieran o no, porque llegaban cada día en un coche último modelo, vestían bien y no se buscaban la vida con curros de mierda como hacía yo. Entre esos, que más que estudiantes parecían turistas, estaba Juan José Peralta de la Merced y Luengo-Medina. Las chicas intentaban coincidir con él, y no solo porque les resultara atractivo, sino por quién era y por su cuenta bancaria. No es que él alardeara de su fortuna, no le hacía falta.

En teoría no teníamos por qué coincidir; sin embargo, ocurrió. Yo salía de madrugada, tras trabajar diez horas seguidas y con un olor a fritanga que echaba para atrás, cuando me lo encontré borracho, a punto de subirse al coche acompañado de dos tipejas a las que conocía de vista, porque andaban por el campus a la caza de incautos a los que desplumar. Y, bueno, puede que Juanjo fuera un niño rico, pero me parecía una putada, así que me acerqué y espan-té a las dos sacacuartos. Él protestó, pues iba pedo, por lo que lo empujé, lo metí en el asiento trasero de su Subaru Impreza WRX azul y, como me apetecía darme una vuelta con él, le birlé las llaves y lo hice.

Joder, Juanjo borracho y dormido en el asiento de atrás y yo dándome el gustazo con su coche. No tenía ni pajolera idea de dónde vivía, así que lo llevé a mi casa y le dije a mi madre que era un buen amigo. Lo acostamos en el sofá cama del comedor y listos.

A la mañana siguiente, cuando se despertó en una casa extraña, rodeado de gente desconocida, se puso en plan niño pijo, pero mi



madre, que tiene tablas a la hora de manejar situaciones domésticas, le plantó delante de las narices un café solo muy cargado y le espetó:

—Anda, bebe, que anoche llegaste de grana y oro.

Y Juanjo, poco o nada acostumbrado a que le pusieran los puntos sobres las íes, cerró el pico y se tomó el café.

Cuando por fin nos quedamos a solas, le expliqué la situación y, lejos de darme las gracias, se cabreó y me soltó todo ufano que le había jodido el plan con dos tías dispuestas a montárselo con él y que le importaba una mierda gastarse cuanto hiciera falta. Yo le devolví las llaves del Subaru y lo mandé a paseo, por desagradecido.

Él también estudiaba Dirección y Administración de Empresas, como yo, así que coincidimos en alguna clase, y si bien yo pensaba que me ignoraría, no fue así. Creo que, una vez analizada la situación, se dio cuenta de que le había salvado el pellejo. Empezamos a intercambiar impresiones, a hablar de las clases..., nada serio, nada relevante. Sin saber muy bien cómo, surgió una amistad que perdura hasta ahora.

Cierto que a veces me resultaba duro decirle que no iba de marcha porque estaba cansado, cuando en realidad no tenía un céntimo. Él fingía creerme, de esa forma me evitaba tener que darle más explicaciones o prestarme dinero. Juanjo siempre ha sido un tipo generoso con sus amigos, pero precisamente por eso, por salvaguardar nuestra amistad, yo prefería no aceptar nada.

No obstante, a pesar de nuestras diferencias económicas, encontrábamos diversiones que ambos nos podíamos permitir, entre ellas, las fiestas universitarias, en las que ocurría de todo. Fueron un par de años increíbles. Diversión, morbo, experiencias alucinantes que se tradujeron en unas calificaciones algo más bajas, aunque suficientes para mantener la beca. A Juanjo ese asunto le preocupaba menos que a mí; sin embargo, decidió ponerse las pilas, sobre todo para que su familia no le cerrara el grifo y le permitiera seguir estudiando en una universidad pública.

Y como no podía ser de otro modo, experimentamos cuanto nos dio la gana y algo más. Echar un polvo sin tener privacidad, si

bien al principio tenía un morbo increíble, después se convirtió en algo habitual. Poneos en nuestro lugar, o al menos en el mío, el chico de barrio que llega a la universidad y se lo pasa de puta madre, porque si bien nunca había tenido problemas para encontrar compañía femenina, lo cierto es que a raíz de mi amistad con Juanjo se me acercaron muchísimas más chicas.

Era inevitable que quisiéramos ir a por todas, probar lo que otros solo imaginan, y sí, surgió de forma natural cuando, una aburrida tarde de sábado, yo, sin más pretensiones que charlar un rato de esto y de aquello, me presenté en su apartamento y lo pillé enrollándose con una holandesa que, en vez de protestar por la interrupción (yo había entrado, pues tenía un juego de llaves), me pidió que me uniera a la fiesta.

A ver, ya había visto follar a Juanjo y él a mí, ahora bien, lo de meternos en la cama juntos con la misma tía me pareció un poco fuerte. Ella (no recuerdo su nombre) desde luego mostró más entusiasmo, y yo, con la timidez propia de la inexperiencia y cierta cautela, pues era el rollo de mi amigo, me acerqué y... ¿qué queréis que os cuente? ¿Todos los detalles?

Podría, desde luego, pero creo que, para ser el primer capítulo de esta historia, dejaré a un lado las descripciones más eróticas, aunque las habrá.

Para resumir, que acabamos los tres follando, y cuando la holandesa se marchó, Juanjo y yo nos sentimos los putos amos al darnos cuenta de que habíamos abierto una puerta con muchas posibilidades.

Y repetimos, joder, pues claro que lo hicimos. ¿Cómo no íbamos a hacerlo? Ojo, siempre y cuando surgía la oportunidad, en otras ocasiones nos limitábamos al sistema clásico. Y así, entre una cosa y otra, llegamos al último año de carrera.

Yo seguía trabajando en la hamburguesería y, a pesar de que mis ingresos eran más bien limitados, accedí a compartir piso con Juanjo. Su familia pagaba el alquiler y yo contribuía bastante poco, pero mi colega me había dado tanto por el saco para que me fuera a vivir con él que por no aguantarle accedí.

Ese último año conocí a una estudiante de farmacia, primero

pensé que era una de tantas. Nos enrollamos, repetimos, lo dejamos. Volvimos a vernos...

La típica relación de dos universitarios que pretenden no ir en serio.

Creo que cuanto ocurrió después debería contarlo Juanjo.